

LA INMIGRACIÓN. UNA VISIÓN DESDE ESCANDINAVIA

Este trabajo resume la experiencia de Suecia ante la gran inmigración que ha llegado al país desde la Segunda Guerra Mundial. Primero bajo condiciones muy favorables que permitieron la incorporación masiva del inmigrante al trabajo y luego, a partir de los setenta, en el marco de una dinámica económica que tiende a generar la exclusión laboral de los recién llegados. Ello se combina con una heterogeneidad cada vez mayor de la inmigración misma, cuyo origen se desplaza desde la zona nórdica hacia el Mediterráneo y el Tercer Mundo. El resultado ha sido una segregación muy patente y fuertes tendencias centrífugas, tanto en lo social como en lo cultural. Hoy en día existe un creciente consenso sobre el fracaso de la política imperante de integración, con su buenismo contraproducente, su dañina retórica multiculturalista y su falta de objetivos claros. A manera de conclusión el autor esboza las bases de una nueva política de integración basada en el trabajo y la responsabilidad personal, en una relación equilibrada entre derechos y obligaciones y en una afirmación clara tanto de la herencia histórica sueca representada por su idioma como de los valores esenciales de la sociedad abierta, moderna y democrática.

Los inmigrantes de Suecia no son ni de cerca los más pobres de Europa, pero se cuentan entre los más excluidos.

Christopher Caldwell

The New York Times, 5 de febrero de 2006

Mauricio Rojas es diputado del Parlamento de Suecia. Profesor adjunto en Historia Económica de la Universidad de Lund (Suecia).

¹ El autor ha publicado en Suecia una serie de libros, ensayos y artículos sobre el tema de la inmigración y la integración. Entre ellos se pueden destacar *I ensamhetens labyrint – Invandring och svensk identitet* («En el laberinto de la soledad – inmigración e identidad sueca»; Brombergs, Estocolmo 1993 y 2001) y *Sveriges oålskade barn* («Los hijos no amados de Suecia», Brombergs, Estocolmo 1995 y 2001).

INTRODUCCIÓN

El tema de la inmigración convulsiona y divide a Europa. La región que un día colonizó al mundo y pobló muchas tierras lejanas se ve hoy enfrentada a un flujo migratorio antes desconocido. Es el reflujo de la historia podríamos decir, trayendo de aquellos continentes un día colonizados miles y miles de hombres y mujeres portadores de culturas y tradiciones muchas veces muy alejadas de las europeas. Se plantea así la formación de sociedades radicalmente multiétnicas en el seno de lo que predominantemente han sido comunidades, regiones e incluso naciones de identidad monoétnica.

Europa ha conocido anteriormente las migraciones masivas, muchas de ellas forzadas, como los grandes desplazamientos poblacionales ocurridos en torno a la Segunda Guerra Mundial, y otras de rasgos violentos, como las que un día terminaron de hundir al Imperio Romano de Occidente. La mayoría de las naciones que conforman la Europa actual son el producto de choques históricos entre etnias o pueblos diversos y son, casi sin excepción, multiétnicas. Pero lo son, y esto es importante notarlo, en un sentido que tiende a reforzar la monoétnicidad como elemento central de la organización e identidad social en cuanto se conforman como una «colección» de pueblos con identidades étnicas diversas que definen un cierto territorio. Juntos pero no revueltos, podríamos también decir. Esta es la paradoja del así llamado Estado-Nación europeo, que generalmente ha sido mucho más Estado que Nación. Por ello es que no es ninguna exageración decir que la etnicidad continúa enclavada en el corazón de Europa. Es, por decirlo así, el *ius sanguinis*, el derecho de la sangre, que aún predomina, reuniendo y desuniendo a gran parte de los europeos, que en algunos casos llegan a manifestar un rechazo militante a ese *ius soli*, el derecho de la tierra, que nos haría ser partes de una misma comunidad por el mero hecho de compartir su suelo aunque en lo demás poco tengamos en común.

Este es uno de los grandes desafíos de Europa, que coincide con lo que podríamos llamar el fin del paréntesis europeo en la historia mundial, es decir, de esa fase de unos cuatro siglos que le dio a Europa una indisputable supremacía universal cuya pérdida es hoy evidente. El mundo está decididamente basculando hacia sus centros natu-

rales en las grandes naciones del Asia, y así la transformación interna de Europa se combina, complicándose notablemente, con la transformación dramática de la posición de Europa en el mundo.

Entre tanta encrucijada no es difícil perder la cabeza y por ello no es de extrañar el que veamos una serie de reacciones y conflictos que afectan profundamente a Europa y la dividen entre la afirmación del pasado y las viejas identidades y la aceptación de un futuro incierto, que en su veta utópica nos ofrece el maná de la diversidad enriquecedora y en la distópica sociedades disgregadas en un mar de subcomunidades y subculturas opuestas las unas a las otras. El abanico de desarrollos posibles es amplio, desde la xenofobia más primitiva y un asimilacionismo militante hasta un multiculturalismo descabellado, que enamorado de todo lo diverso se convierte en una autonegación de lo propio y de la misma necesidad de principios cohesivos básicos de la vida social que todos, si no comparten, al menos respetan.

Sobre todo esto habría mucho que decir y una infinidad de experiencias europeas a considerar. Lo que sigue a continuación es una discusión de algunos de estos temas a partir de una experiencia concreta, a saber, la de Suecia con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, periodo en el cual una de las naciones étnicamente más homogéneas del mundo se transforma en un país de inmigración cada vez más heterogéneo, en el cual de un total de nueve millones de habitantes hay dos millones que son inmigrantes o hijos de inmigrantes². Aproximadamente la mitad de ellos provienen del Mediterráneo Oriental y del así llamado Tercer Mundo, teniendo mayoritariamente raíces en el Mundo Islámico. El templo más visitado en el Estocolmo de hoy no es una iglesia luterana, católica u ortodoxa sino la mezquita que está a unos quince minutos caminando desde el *Riksdag* (Parlamento de Suecia). Y hay escuelas que de unos mil alumnos no cuentan ni siquiera con una decena de jóvenes de origen étnico sueco.

Este es el cambio que está enfrentando esta vieja nación nórdica, que alguna vez fue lo más cercano a aquello que los alemanes en su tiempo llamaron *Volksgemeinschaft*, una comunidad de sangre y oríge-

² La información estadística acerca de Suecia en que se basa este ensayo proviene, en su totalidad, de fuentes oficiales. En primer lugar de la base de datos de la Oficina Central de Estadística de Suecia (*Statistiska Centralbyrån*, SCB) pero también de la base de datos de la Dirección de Escuelas (*Skolverket*) y del Consejo para la Prevención del Delito (*Brottsförebyggande rådet*, BRÅ).

nes, o de «raza», como se hubiese dicho en la Europa anterior al Holocausto. Se trata de un cambio que remece las bases mismas de la identidad y de la comunidad sueca y que nos permite, casi como en un laboratorio, discutir el tema de la inmigración y el paso a una sociedad multiétnica.

DE LA EMIGRACIÓN A LA INMIGRACIÓN

Desde la pérdida de Finlandia en 1809 y hasta la reciente ola de inmigración, Suecia fue una nación casi monolítica en el sentido étnico³. Su lejanía respecto de los centros neurálgicos del desarrollo europeo y la dureza de sus condiciones de vida protegieron al país de aquellas invasiones y migraciones masivas tan comunes en otras partes de Europa. Marginalidad geográfica y pobreza, para decirlo muy resumidamente, fueron tanto los sellos históricos de la identidad sueca como sus mejores defensas. Más allá de los daneses en ciertas épocas y muy esporádicamente los rusos, simplemente no hubo interesados en conquistar o allegarse masivamente a esas frías latitudes nórdicas. Sólo pequeñas minorías muy especiales lo hicieron, como los alemanes ligados a la Liga Hanseática en la Edad Media tardía –que de hecho dominaban en las primeras ciudades de Suecia– o los especialistas valones, que llegaron a Suecia durante el siglo XVII para desarrollar su creciente industria metalúrgica de gran importancia económica y militar.

Fue esa pobreza inmemorial la que, desde mediados del siglo XIX, desencadenó una ola masiva de emigración hacia Estados Unidos. La hambruna de 1867-68 hizo que vastos sectores de la población sueca siguieran a aquellos pioneros y disidentes religiosos que ya antes se habían lanzado a la aventura americana. Casi un millón y medio de suecos de todas clases y condiciones dejarían su país natal entre 1850 y 1930, cifra nada despreciable que equivale a la cuarta parte de la población total del país en 1930.

El cambio de la emigración a la inmigración se dio a partir de 1930 y reflejó en primera instancia la depresión en Estados Unidos y el

³ Siempre hubo pequeñas minorías, como la lapona en el Norte del país, pero no eran más que gotas en un mar de etnicidad compartida.

desempeño comparativamente positivo de la economía sueca en los años treinta⁴. Pero el gran cambio vino a partir del estallido de la Segunda Guerra Mundial, dada la situación privilegiada del país tanto por su neutralidad como por sus industrias. Desde entonces la inmigración no ha dejado de intensificarse, si bien su composición y motivos han cambiado profundamente. Más de 2,5 millones de inmigrantes se han allegado a Suecia desde 1940 en adelante, compensando plenamente el efecto demográfico de la emigración anterior.

La Guerra Mundial hizo que decenas de miles de finlandeses, noruegos y daneses buscasen refugio en Suecia⁵. En 1944 llegó la primera inmigración masiva no nórdica que el país haya conocido en su historia, a través de la fuga a Suecia de unas treinta mil personas provenientes de los países bálticos. Ese fue el comienzo de la llegada de una larga serie de grupos inmigrantes, que fueron de origen predominantemente nórdico y del Norte de Europa hasta 1970. Allí se mezclaron migrantes laborales, que provenían de una gran gama de países y regiones que iban desde las regiones subárticas de Finlandia hasta las costas del Mediterráneo, con refugiados políticos provenientes de, entre otros países, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Grecia y Portugal⁶.

Fue el tiempo de las vacas gordas, tanto para Suecia como para sus inmigrantes. La industria continuaba su fuerte expansión, trabajo había a destajo y los impuestos aún eran relativamente bajos, creando fuertes incentivos a trabajar en vez de utilizar los beneficios que el Estado benefactor iba ofreciendo en medida creciente. Hasta fines de los sesenta el inmigrante medio trabajaba más que su correspondiente sueco y sus ingresos eran también mayores. El balance económico de la inmigración era claramente positivo para el país y no se observaban tensiones ni tendencias a la segregación y exclusión que fuesen preo-

⁴ El año 1930 fue el primero desde que se lleva un registro de migración en que la inmigración superó a la emigración. La razón fundamental de ello es la caída brusca de la emigración a Estados Unidos y el retorno mayor desde ese país de descendientes de suecos.

⁵ De Finlandia llegaron miles de niños, que por ello son conocidos como los «hijos de la guerra» (*krigsbarn*). De Noruega, refugiados de todo tipo, y de Dinamarca, una parte importante de la comunidad judía de ese país.

⁶ La cantidad de inmigrantes residentes en Suecia pasa de 198.000 a 538.000 entre 1950 y 1970, siendo los finlandeses el grupo claramente dominante con 235.000 personas en 1970. El segundo grupo en importancia son los noruegos con unos 45.000 individuos y el tercero los alemanes con 42.000 personas. Pero también se puede observar la presencia de unos 34.000 yugoslavos, formando de lejos el grupo inmigrante más importante no proveniente del Norte de Europa.

cupantes. La política oficial era bastante simple, considerando la asimilación del inmigrante como algo natural y deseable. Aún no se había desarrollado ni una política de integración ni aquel enorme «aparato integrador» que surgiría posteriormente. Mientras el trabajo fue la puerta de entrada del inmigrante a Suecia no hubo necesidad de toda esa parafernalia que surge cuando esa puerta se cierra y la exclusión crece.

El conflicto más significativo de esa época se dio con partes importantes de la creciente minoría finesa, que de diferentes maneras pedía una política más tolerante respecto de las posibilidades de mantener su idioma y desarrollar una vida cultural más intensa y autónoma. Lo que pedían se inspiraba –pero sin llegar a los mismos niveles– en la gran autonomía cultural de que siempre ha gozado la minoría de origen sueco en Finlandia⁷. El Estado sueco, con un amplio consenso político tras de sí, tomó una política de clara defensa de las instituciones fuertemente unitarias típicas del país a través de toda su historia, negándose a conceder el estatus de minoría al grupo finés y a otros más –aunque mucho menos significativos– que pedían lo mismo. Se hicieron, sin embargo, algunas concesiones, dando por ejemplo la posibilidad de recibir ciertas lecciones en idioma materno en la escuela básica y apoyando más ampliamente a las asociaciones étnicas.

DEL TRABAJO Y LA ASIMILACIÓN AL NO TRABAJO Y LA RETÓRICA MULTICULTURALISTA

La década de los setenta marca un cambio dramático en todo lo referente a la inmigración, que a su vez continúa aumentando sin cesar. Su origen, composición y sus motivos cambian; un desarrollo económico más lento muestra tendencias cada vez más excluyentes que hace cundir los grupos de baja integración en el mercado laboral; la segregación se hace patente, y, por último, la retórica multiculturalista se hace hegemónica.

En cuanto a los orígenes, composición y motivos de la inmigración se ve un claro desplazamiento desde el Norte de Europa hacia el

⁷ Hay que recordar que Finlandia fue parte de Suecia durante unos 500 años, hasta la traumática entrega a Rusia en 1809. Por ello una parte significativa de la élite finlandesa tiene origen sueco y ha podido conservar su idioma siendo incluso uno de los dos idiomas oficiales de Finlandia.

Mediterráneo Oriental y, sobre todo, hacia el Medio Oriente y el resto del Tercer Mundo. La inmigración por motivos de asilo y reunificación familiar pasa a ser totalmente dominante al coincidir su aumento con el cierre prácticamente hermético de la posibilidad de inmigrar por razones laborales⁸. Al mismo tiempo cesa la gran inmigración de Finlandia dado el rápido desarrollo económico de ese país.

Nuevas minorías, casi completamente ausentes antes, surgen y, a través de sus rasgos físicos, tan distintos de los clásicos del sueco, y de su concentración en barrios muy segregados, se hacen cada vez más visibles e inquietantes. Los inmigrantes de Asia, África y América del Sur, que en 1960 no llegaban en su conjunto ni a los 3.000 individuos, llegarían a ser más de 220.000 en 1990 y unos 400.000 en 2005, sin contar a sus hijos nacidos en Suecia. A su vez, la cantidad total de inmigrantes residentes en el país pasó entre 1970 y 2005 de 538.000 a 1.125.000 individuos, de los cuales sólo 460.000 provenían de alguno de los 24 países restantes de la Unión Europea o de Noruega. Considerando a aquellas personas nacidas en Suecia con al menos un padre inmigrante se llega hoy a alrededor de los dos millones de personas, lo que corresponde al 22 por ciento de la población total del país.

Este cambio en el origen de la inmigración, con una presencia cada vez mayor de grupos no europeos, ha llevado consigo un cambio muy claro en la composición social de la misma. El nivel educacional ha aumentado notablemente en comparación con la vieja inmigración, llegando prácticamente a equiparar el nivel educacional de la población inmigrante con la sueca. Así por ejemplo, en 2004 el 33 por ciento de la población de 25 a 64 años de edad nacida en Suecia tenía algún tipo de educación post-secundaria. Entre los inmigrantes nacidos en África el 27 por ciento tenía ese tipo de educación y así lo hacía también el 31 por ciento de los nacidos en Asia y el 33 por ciento de los originarios de América del Sur. A su vez, los inmigrantes provenientes de Europa del Este, América del Norte y Oceanía superaban muy claramente el nivel sueco de educación superior.

Este aumento tan notorio del nivel educacional de los inmigrantes es un hecho sorprendente, al provenir una parte creciente de los mis-

⁸ Los sindicatos jugaron un papel decisivo en la decisión de cerrar el país a la inmigración laboral. La excepción fueron las personas provenientes de otros países nórdicos, con los cuales existe un mercado común de trabajo desde 1954 y, a partir de 1995, de otros países de la Unión Europea.

mos de países relativamente menos desarrollados y de niveles educacionales muchas veces significativamente más bajos que el sueco. Pero esa circunstancia se ve compensada con creces por la selectividad social de una inmigración condicionada en primer término por la cualidad de refugiado político. Esto diferencia notablemente la inmigración sueca de origen no europeo de la de muchos otros países europeos, particularmente de aquellos que dan al Mediterráneo. Por cierto, que existen subgrupos inmigrantes, por ejemplo entre las personas de mayor edad, con bajísimos niveles de educación formal, pero esto no debe hacernos perder de vista la tendencia educacional ascendente de la nueva inmigración que tan patentemente contrasta con los viejos grupos inmigrantes, especialmente de origen nórdico, que aún hoy exhiben, particularmente entre los hombres, los niveles más bajos de educación entre los diversos grupos inmigrantes. Así por ejemplo, en 2004 sólo el 19 por ciento de los hombres inmigrantes nórdicos tenía educación post-secundaria, en comparación con el 31 por ciento de los provenientes de África (siempre considerando el grupo de edad de entre 25 y 64 años).

El cambio más dramático que ha acompañado al nuevo flujo migratorio ha sido el paso desde el «sobreempleo» al subempleo de una parte creciente de la población inmigrante. Este cambio afecta sobre todo a los nuevos grupos inmigrantes originarios de países no europeos. Actualmente, ni siquiera la mitad de los inmigrantes no europeos entre 20 y 64 años de edad trabajan, mientras que entre la población nativa de la misma edad lo hace cerca del 80 por ciento. Entre ciertos grupos muy importantes en la nueva inmigración, siete de cada diez personas en edad laboral están marginadas del trabajo. Este es el caso de los somalíes, que es el principal grupo de origen africano residente en Suecia, y de los nacidos en Irak, que es, con unos 70.000 individuos, el principal grupo no europeo residente en Suecia.

Esta situación, que ha ido empeorando paulatinamente, tiene su explicación fundamental no en la discriminación –que si bien existe no se ha incrementado como para explicar semejante cambio en la situación laboral de los inmigrantes– sino en la dinámica misma del modelo sueco de crecimiento que escasamente genera empleo. Pocos países como Suecia han hecho cierto aquello del *jobless growth* (crecimiento sin empleo) del que tanto se ha hablado. Entre marzo de 1985

y marzo de 2005 es posible constatar una reducción del empleo de 39.300 personas. En ese mismo periodo de veinte años se puede a su vez constatar un aumento de la población en edad laboral (de 16 a 64 años) con 470.000 individuos. He allí la simple explicación de base de la exclusión creciente de los grupos inmigrantes que arribaron a Suecia durante este periodo de crecimiento sin empleo: cuarenta mil empleos menos y casi medio millón más de personas.

Este desarrollo no es por cierto algo que se le pueda achacar a la globalización o al progreso tecnológico. Países muy globalizados y tecnológicamente incluso más avanzados que Suecia, como por ejemplo Estados Unidos, Canadá y Holanda, han visto crecer el empleo en nada menos que un 30, 37 y 43 por ciento respectivamente en esos veinte años⁹. Lo acontecido en Suecia es algo simplemente muy peculiar, que está directamente relacionado con los altísimos costos del trabajo, producto de la triple presión al alza constituida por las demandas de los sindicatos, la alta carga tributaria y las rígidas regulaciones laborales. La consecuencia ha sido la desaparición del mercado legal de trabajo de muchos de aquellos empleos que brindan las típicas puertas de entrada al mundo laboral para grupos nuevos. Al mismo tiempo, se observa una reticencia evidente de los empleadores a contratar fuerza de trabajo y una orientación de las inversiones hacia los bienes de capital, particularmente cuando reducen la mano de obra. Ello les ha dado en general excelentes condiciones salariales y de trabajo a los sectores empleados de la población, pero al precio de la exclusión de una parte creciente de la misma, especialmente aquella de origen inmigrante. El resultado a largo plazo de este proceso es, por cierto, desastroso tanto en lo social como en lo económico y está a la vista en la Suecia de hoy.

Sin embargo, hay que agregar un hecho más para entender cabalmente lo ocurrido. El mercado de trabajo sueco está altamente regulado, impidiendo de manera muy efectiva que grupos nuevos puedan competir con los ya establecidos. Eso hace que el inmigrante no pueda utilizar lo que ha sido su forma clásica de entrar al mercado de trabajo, compensando con exigencias salariales menores sus evidentes

⁹ US Department of Labor, *Comparative Civilian Labor Force Statistics*. Países emergentes, como Irlanda o España, muestran tasas aún superiores de expansión del empleo, llegando en ambos casos a cerca del 70 por ciento entre 1985 y 2004 según la base de datos de la OIT.

desventajas frente a la fuerza laboral nativa (dificultades idiomáticas, desconocimiento de las claves culturales del país, falta de experiencia laboral relevante en su nuevo país, ausencia de una red de contactos etc.). Así, el inmigrante ha quedado en una situación imposible al tener que competir por los mismos salarios con la fuerza de trabajo local. Este es un ejemplo muy notable de cómo un movimiento sindical extraordinariamente poderoso y de una política salarial aparente solidaria se transforman en una barrera para la integración de nuevos grupos sociales.

Es sobre esta base de escasez de puestos de trabajo que los prejuicios y la discriminación han cobrado un papel significativo, que refuerza decisivamente las desventajas naturales del inmigrante nuevo excluyéndolo de manera creciente de la posibilidad de ingresar al mercado laboral. Esto, sumado a un Estado benefactor que asegura importantes beneficios a toda la población residente en el país independientemente de su participación laboral, ha hecho que el incentivo económico al trabajo haya disminuido fuertemente llegando incluso a desaparecer totalmente en algunos casos, particularmente cuando se trata de familias con varias cargas familiares. Así se ha ido conformado un mecanismo cada vez más voraz que ha transformado a una creciente parte de la nueva inmigración en una clase excluida del trabajo pero muy incorporada al asistencialismo del Estado. Es, sin duda, la peor integración que pueda imaginarse para los inmigrantes, al consumo pero no a la producción, a la humillante condición de vivir del trabajo de otros y no poder aportar con el propio. Está claro que bajo estas condiciones no hay integración posible y no es de extrañar si una parte significativa de la población nativa ve a la inmigración con creciente preocupación e incluso disgusto.

Este mismo desarrollo explica el surgimiento de lo que en Suecia se ha llamado la «industria de la integración», que da sustento a miles de funcionarios públicos cuya productividad, medida en términos de integración, probablemente sea negativa. Puede parecer una paradoja que mientras más se invierte en integración más se fracase en la misma, pero es que esas inversiones no son sino la consecuencia de un fracaso fundamental e irreparable relacionado con la falta de incorporación al trabajo. Esto no quiere decir que sea suficiente con el trabajo para una integración satisfactoria de grupos inmigrantes muy disímiles. Lo que la experiencia de Suecia muestra es que sin trabajo

falta la base misma sobre la que necesariamente reposa todo el edificio de la integración.

Simultáneamente con el comienzo de esta marcha lamentable hacia la desintegración laboral y la exclusión social se dio el surgimiento de la ideología multiculturalista, que incluso llegó a plasmarse en una reforma constitucional de 1976, la cual le impuso al Estado sueco el deber de fomentar la posibilidad para «las minorías étnicas, idiomáticas y religiosas» de «mantener y desarrollar una vida cultural y asociativa propia»¹⁰. La asimilación fue no sólo descartada sino estigmatizada como objetivo de una política de integración ahora retóricamente regida por lo que se definió como «la libertad cultural de elección».

El paso al multiculturalismo se dio con la ligereza propia de un periodo de optimismo casi sin límites, tanto respecto de las posibilidades del país como de la integración. En el estudio de la comisión que llevó a la adopción oficial del multiculturalismo en 1975 no existe ni siquiera un atisbo de problematizar esa libertad cultural de elección de la que se hablaba ahora y tampoco acerca de los posibles conflictos de valores fundamentales que pueden darse entre diversas culturas y, particularmente, en el encuentro entre la cultura occidental moderna, urbana y secularizada y formas culturales propias de sociedades premodernas, agrarias y de religiosidad integrista¹¹. Suecia no tenía tampoco experiencia de conflictos interétnicos, y con los éxitos notables de su desarrollo económico y social contaba con que la integración del inmigrante sería tan exitosa como algún día lo fue la integración social de las nuevas clases trabajadoras industriales. Nadie podía imaginarse en ese momento la enorme magnitud y la creciente diversidad cultural de la inmigración que llegaría al país durante las décadas venideras, ni tampoco era fácil prever que la Suecia de entonces estaba a punto de iniciar tres décadas de crecimiento económico mediocre, que harían pasar al país de ser un puntero del desarrollo mundial a un puesto mucho más modesto¹².

¹⁰ *Regeringsformen*, capítulo 1, segundo párrafo, párrafo final.

¹¹ *Invandrarna och minoriteterna* («Los inmigrantes y las minorías»), Liber, Estocolmo 1974.

¹² Para dar un ejemplo del deterioro comparativo de la posición de Suecia baste decir que en 1975 el producto nacional *per cápita* del país (ajustado por el poder de compra) equivalía al 89 por ciento del estadounidense mientras que veinte años más tarde, en 1995, se había reducido a tan sólo el 75 por ciento del mismo.

Es importante acotar, sin embargo, que la meta multiculturalista de la política sueca nunca caló realmente en profundidad, manteniéndose hasta mediados de los noventa prácticamente intacta la típica cohesión institucional del país. Lo que el multiculturalismo produjo fue, más bien, una desorientación creciente y la falta de metas claras respecto de la integración. De hecho, se puede decir que de allí en adelante no ha existido una política coherente de integración, cayendo en una inercia cuya insuficiencia ha ido quedando de manifiesto en la medida que la exclusión laboral y social aumenta entre los inmigrantes.

Típico de esta desorientación fue la falta de insistencia tanto en el aprendizaje del idioma sueco como, aún más, en la necesidad de afirmar la propia identidad histórica de Suecia como base de toda integración posible y de subrayar la importancia de la existencia de una comunidad valorativa básica, que es lo único que puede darle a la creciente diversidad un marco armónico de desarrollo. Ser sueco pasó a ser si no motivo de vergüenza al menos sinónimo de una identidad tristemente monótona y gris, nada envidiable ni deseable, producto de una sociedad a la que le había faltado la sal de la diversidad étnica y cultural. Fue una especie de masoquismo cultural tremendamente contraproducente, especialmente para el inmigrante a quien en nada se le estimulaba a hacerse parte de una cultura e identidad que se menospreciaba a sí misma. A la vez, se exaltaban acríticamente las virtudes de lo foráneo que el inmigrante traía consigo y de la diversidad en sí misma, que de término en sí neutral y descriptivo pasó a tener connotaciones exclusivamente positivas. Los símbolos y el orgullo nacionales pasaron al baúl de los recuerdos o, más trágico aún, a manos de los grupos xenófobos.

Lo peor de todo fue la «folklorización» de los grupos inmigrantes, cuyos problemas fueron ahora definidos como culturales, descuidando paralelamente la integración laboral como pilar de toda integración. Característico de este multiculturalismo de farándula fue el paso de la responsabilidad central sobre la integración del inmigrante desde el Consejo Nacional del Mercado de Trabajo (*Arbetsmarknadsstyrelsen*) al Ministerio de Cultura, del cual pasó a depender el Ministro de Inmigrantes. Este triste desarrollo culminó hace unos años con el paso sintomático de ese ministro –ahora con el título de Ministro de Integración– a depender del Ministerio de Justicia.

EL COLAPSO DEL MODELO SUECO DE INTEGRACIÓN

Los noventa fueron, en todo sentido, la época del fin de fiesta para Suecia. Entre 1990 y 1993 se desencadenó la crisis económica más profunda de la historia moderna del país, con el desplome del pleno empleo que en principio había durado cincuenta años y una crisis fiscal desatada. El desempleo pasó del 2 al 12 por ciento de la población laboral en tres años, el gasto público llegó a la cifra récord del 73 por ciento del PIB y el déficit fiscal se disparó. La corona se desplomó a pesar de los intentos desesperados del Banco Nacional de Suecia –que el año 1992 llegó a subir la tasa de interés al 500 por ciento– para defender su valor. Medio millón de puestos de trabajo desaparecieron y el golpe a la población inmigrante, particularmente a los recién llegados y a los que arribarían durante los noventa, fue durísimo.

De allí en adelante las áreas cada vez más segregadas donde residen mayoritariamente los grupos inmigrantes nuevos pasan a ser áreas donde la falta de trabajo se hace más común que el trabajo y donde la cultura de la marginalidad y la dependencia del asistencialismo estatal comienza a dominar la formación de una especie de proletariado en el sentido clásico, premarxista, del término, es decir, una clase no incorporada a la producción que vive del resto de la sociedad. Paralelamente se deterioran las escuelas de los barrios segregados y se observa un aumento del vandalismo y la criminalidad, síntomas infalibles de una creciente pobreza interior que no siempre es fácil observar –por ejemplo para los visitantes del exterior– detrás de las fachadas aún bien mantenidas de los edificios. Así se crea algo totalmente nuevo en Suecia, país de una tradición integradora muy notable, a saber, bolsones de una exclusión radical que va de lo económico y social a lo cultural y moral.

No se trata, y esto es importante subrayarlo, de enclaves inmigrantes al estilo estadounidense, es decir, con una pujante vida económica que termina abriendo las grandes avenidas del «sueño americano». Lo que surge en Suecia es mucho más aquello que en la literatura estadounidense anteriormente se llamó «*slum*» y hoy, bastante inapropiadamente, se llama gueto¹³. Esta distinción es fundamental ya que per-

¹³ Es notable constatar que en la literatura norteamericana anterior a la Segunda Guerra Mundial el concepto de gueto podía ser usado con connotaciones positivas, es decir, como una comunidad étnica

mite relacionarnos con dos fenómenos aparentemente muy similares pero que, en el fondo, son esencialmente diferentes. Permítaseme por ello citar un pasaje muy pertinente de un libro recientemente publicado, donde el historiador económico sueco Benny Carlson compara el dinámico enclave étnico somalí en Minneapolis (USA) con la situación tan vulnerable de los somalíes en Suecia:

«El enclave se caracteriza porque quienes lo conforman lo hacen buscando un sentimiento de comunidad y seguridad, así como las posibilidades económicas y sociales que el enclave ofrece a pesar de sus condiciones modestas de vida. El gueto es un lugar donde los individuos residen contra su voluntad en razón de su pobreza y los prejuicios circundantes, un lugar caracterizado por la pasividad, la dependencia de las ayudas sociales y la criminalidad. A pesar de que sea difícil distinguir ambos lugares a primera vista, se puede decir que el enclave es parte de un círculo virtuoso mientras que el gueto es parte de un círculo vicioso»¹⁴.

En un estudio reciente¹⁵ se ha constatado la existencia de nada menos que 154 barrios marginados a lo largo de Suecia, caracterizados por la falta de trabajo (menos de seis personas de cada diez en edad de trabajar lo hacen), resultados escolares insatisfactorios (más del treinta por ciento de los niños terminan la educación básica sin haber alcanzado las así llamadas metas escolares) y una baja participación política (más del 30 por ciento de abstención en la elecciones municipales de 2002). En 1990 no eran más de tres las áreas que podían ser clasificadas de esta manera. Prácticamente todos estos barrios marginados tienen una población predominantemente inmigrante (primera y segunda generación), que en algunos casos casi llega al total de la población.

Un ejemplo concreto de estos barrios es Rosengård en Malmö (*Malmö* es la tercera ciudad más grande de Suecia y está ubicada fren-

relativamente aislada pero bien estructurada en términos económicos, sociales y morales. Su contraposición natural era el «slum», caracterizado por la desintegración social, la anomia cultural y la degradación moral. Ese es, paradójicamente, el sentido que actualmente se le da al concepto de gueto, lo que, considerando el origen de la palabra, es profundamente injusto.

¹⁴ Benny Carlson, *Somalier i Minneapolis* («Somalíes en Minneapolis»), Zofi, Lund 2006, pág. 18.

¹⁵ *Utanförskapets karta* («Mapa de la Exclusión»), Partido Liberal de Suecia, Estocolmo 2005.

te a Copenhague) ¹⁶. En 2005 vivían allí unas 21.500 personas, de las cuales el 59 por ciento eran nacidas fuera de Suecia y un 25 por ciento más eran nacidas en Suecia de padres nacidos en el extranjero. A ese 84 por ciento deben agregársele aquellas personas nacidas en Suecia con un progenitor no nacido en el país, con lo que uno se aproxima al cien por ciento de la población del barrio. Los tres grupos dominantes provienen de Yugoslavia, Irak y Líbano. En 2003 el 63 por ciento de la población entre 20 y 64 años no tenía trabajo, siendo la gran mayoría de ellos ni siquiera considerados como una parte de la fuerza laboral. En las cuatro escuelas básicas del sector con ciclo superior por lo menos el 60 por ciento de los niños fracasa en el sentido de no alcanzar las metas escolares prefijadas, lo que hace que muchos de ellos no puedan continuar con la educación secundaria (datos de 2005). Por último, en 2004 se registraron dos veces más actos de vandalismo y tres veces más asaltos en Rosengård que el promedio del país. Hace un tiempo el principal diario de Suecia, *Dagens Nyheter*, resumió la situación con la siguiente frase: «Todo lo que se mueve en uniforme puede ser atacado en Rosengård, incluso los bomberos corren peligro» ¹⁷. La revista de la policía sueca describió de la siguiente manera las condiciones de trabajo en el barrio:

«La policía de Rosengård ha sufrido varios atentados. Los vehículos privados en el estacionamiento vecino han sido demolidos. Siempre se trata de usar dos patrulleras cuando se realiza una intervención policial para evitar la vandalización de los vehículos. La estación de policía ha recibido amenazas de atentados y sufrido un intento de incendiarla, que podría haber tenido serias consecuencias. Ahora se ha recibido la autorización de la Intendencia Provincial para instalar cámaras de vigilancia tanto en la estación como en el estacionamiento vecino» ¹⁸.

Esta realidad evidentemente preocupante coincide a partir de mediados de los noventa con un proceso de profunda transformación

¹⁶ La información estadística que aquí se usa proviene de la base de datos de la Municipalidad de Malmö.

¹⁷ *Dagens Nyheter*, 25 de marzo de 2004.

¹⁸ *Polistidningen* («El Diario de la Policía»), número 6 de 2004.

del Estado benefactor sueco, dada por la aceptación de una creciente heterogeneidad institucional, algo que viene a romper con una tradición histórica que se remonta mucho más allá de la instauración de la hegemonía socialdemócrata en la década de los treinta del siglo pasado. Esta transición de un Estado benefactor, que mantenía un celoso monopolio del sector del bienestar (educación, salud, cuidado de niños y ancianos etc.), a un Estado del bienestar que acepta una diversidad de gestores y respeta la elección directa del ciudadano, no ha sido motivada por el multiculturalismo o por el deseo de darle a las comunidades inmigrantes una mayor autonomía cultural. Se trata de un cambio en sí mismo muy positivo motivado tanto por la crisis del Estado benefactor, en el seno de la crisis generalizada de comienzos de los años noventa, como por la pérdida de aceptación del paternalismo estatal por parte de sectores crecientes de la población sueca¹⁹. Ahora bien, aunque este proceso no se genere en torno a la problemática de la integración del inmigrante tiene un impacto profundo en la misma, abriendo la posibilidad de formar instituciones (fundamentalmente escuelas pero también centros preescolares y casas para ancianos) étnicas, que en ciertos casos pueden venir a reforzar la dinámica general de la segregación.

Diversos hechos espectaculares han venido a desencadenar un debate cada vez más intenso sobre la nueva multiculturalidad de Suecia, en lo que ha sido un despertar bastante traumático del sueño «multi-culti». Se trata, por ejemplo, del asesinato de varias muchachas jóvenes y de la persecución de muchísimas más con raíces en el Oriente Medio, por la adopción de costumbres de vida suecas y su consiguiente rechazo a la así llamada cultura del honor y a las exigencias de control por parte de sus familias. A ello se suman tanto reportajes televisados sobre escuelas musulmanas financiadas por el Estado que muestran un comportamiento –por ejemplo, una complicidad con la mutilación sexual de las jóvenes de origen africano– muy reñido con las normas imperantes en Suecia, como discusiones sobre el uso del velo en escuelas y lugares de trabajo y la posición ambivalente de ciertos sectores religiosos islámicos ante el terrorismo fundamentalista. Todo esto, por cierto, se refuerza por ese trasfondo que crean los

¹⁹ El autor ha descrito y analizado este proceso en su libro *Suecia después del Modelo Sueco*, CADAL, Buenos Aires 2005.

atentados de Madrid y Londres, así como los motines urbanos de Francia y la violenta disputa internacional que irrumpió a partir de la publicación en Dinamarca de las caricaturas de Mahoma.

Como se ve, tal como en el resto de Europa, el punto crítico de las nuevas discusiones se da, de una u otra manera, en torno a la creciente comunidad de origen islámico. La opinión pública muestra una clara opinión negativa sobre los musulmanes y su religión, considerando mayoritariamente como incompatibles los valores fundamentales del Islam con los de la sociedad sueca²⁰. Al mismo tiempo, se puede constatar una creciente violencia antimusulmana que ya ha dejado dos mezquitas –entre ellas la gran mezquita de Malmoe, vecina a Rosengård– totalmente destruidas por el fuego.

Las tensiones interétnicas no se limitan sin embargo a grupos de origen islámico. El incidente más serio ocurrió en septiembre pasado en Södertälje, una ciudad ubicada al sur de Estocolmo, e involucró al grupo asirio de religión cristiana ortodoxa. Allí se enfrentaron los pobladores de un barrio muy segregado (Ronna) con la policía, lo que llevó, un par de horas más tarde, al ametrallamiento de la estación de policía de Södertälje, que recibió quince impactos de bala. Fue el triste epílogo del modelo sueco de integración.

HACIA UNA POLÍTICA DE INTEGRACIÓN CON LOS PIES SOBRE LA TIERRA

En agosto de 2002 el Partido Liberal de Suecia (*Folkpartiet*) lanzó una nueva política de inmigración e integración que de un golpe trastocó toda la escena política sueca y le permitió triplicar su votación en las elecciones de septiembre del mismo año. La propuesta que causó mayor revuelo fue la exigencia de que aquellos que quisiesen acceder a la ciudadanía sueca deberían demostrar una cierta capacidad de hablar y comprender el idioma sueco. Esta propuesta fue calificada de xenó-

²⁰ En un estudio publicado en 2005 por la Oficina de Integración (*Integrationsverket*) se dan los resultados de una encuesta de opinión que muestra que las dos terceras partes de los encuestados consideraba totalmente o en gran medida incompatible los valores del Islam con los de la sociedad sueca. Sólo un tres por ciento opinó que esos valores eran completamente compatibles. El 65 por ciento opinó que no se debía facilitar el ejercicio de la fe musulmana en Suecia, contra el 6 por ciento que estaba en favor de lo mismo. *Integrationsbarometer 2004* («Barómetro de la integración 2004»), Integrationsverket, Norrköping 2005.

foba, contraria a los inmigrantes e incluso racista por oponentes políticos y también por una parte importante de la élite mediática e intelectual del país²¹. Al mismo tiempo, la opinión pública manifestó sin demora su aprobación abrumadora de esta propuesta, que fue públicamente articulada por una troika compuesta por el líder del partido y dos candidatos de origen inmigrante²². Un par de días antes de las elecciones el comentarista político más prestigioso del principal diario del país resumió de la siguiente manera lo acontecido:

«La campaña electoral de 2002 ha sido copada por el tema de los inmigrantes (...) La nueva política del Partido Liberal dejó desconcertados a los demás partidos, que han tenido grandes dificultades para encontrar una respuesta ya que sus propias encuestas de opinión han demostrado que la exigencia de un test idiomático tiene gran apoyo popular»²³.

La verdadera causa del revuelo fue la ruptura categórica que esa propuesta implicaba respecto de dos elementos fundamentales de la política de integración sueca. Primero con el «*snällism*»²⁴ (el «buenismo» diríamos en español) que nada pide del inmigrante ya que siente pena por el mismo y de hecho lo considera tan inferior e incapacitado que hasta las más mínimas exigencias son demasiado. La segunda ruptura, aún más importante, se dio con la autonegación de lo nacional propia de la retórica multiculturalista. Rescatar el valor del idioma sueco como herramienta de comunicación común fue rescatar indirectamente el valor del legado de la historia sueca y afirmar que es sobre la base, y no la negación, de esa historia que podremos construir un futuro común.

Junto con la propuesta del test idiomático se hicieron tres propuestas más que marcaban, cada una a su manera, una ruptura profunda con la política de inmigración imperante. La primera afirmaba sin

²¹ Esta reacción no dejará de sorprender al lector no sueco ya que una exigencia similar existe en una gran cantidad de países, como Estados Unidos, Canadá, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Dinamarca, Austria, Alemania y México.

²² Uno de ellos el autor del presente trabajo y el otro la actual diputada Nyamko Sabuni, nacida en el Congo.

²³ Henrik Brors en Dagens Nyheter el 13 de septiembre de 2002.

²⁴ De la palabra *snäll*, que significa bueno o amable.

ambivalencia la importancia del trabajo como camino de integración y la necesidad de combatir la dependencia del asistencialismo estatal. Inspirado por el enorme éxito de la reforma del «*welfare*» estadounidense introducida por Bill Clinton a mediados de los noventa, se planteó el condicionamiento de la entrega de ayuda social a personas en condiciones de trabajar con contraprestaciones de jornada completa en forma de «trabajos de emergencia» combinados con actividades conducentes a una integración o reintegración en el mercado laboral. La consigna fue «trabajo en vez de ayudas» y se refería no sólo a los inmigrantes. Para el inmigrante o refugiado recién llegado se planteaba el trabajo «desde el primer día» como la forma de evitar la caída en la pasividad o en formas ilegales de trabajo que muchas veces se combinan con las ayudas sociales. Esta propuesta también escandalizó a muchos, llegándose incluso a decir por parte de los sectores «buenistas» más militantes que lo que se quería era condenar a los inmigrantes al «trabajo forzado».

La segunda propuesta que también marcaba una clara ruptura con la política anterior se refería al tema de la diversidad y el multiculturalismo. Lo que se desechó fue nada menos que la idea misma de la multiculturalidad como horizonte de la política de integración. A esta idea se le contrapuso el derecho inalienable del individuo a su libertad e integridad, como idea rectora de una sociedad que respeta la diversidad cultural siempre que se trate de expresiones culturales que respeten ese derecho. Se trataba, en buenas cuentas, de una vuelta a los principios básicos de la sociedad abierta, democrática y secularizada, definida por la autonomía esencial del individuo. Con ello se atacaba frontalmente todo relativismo cultural, poniendo a la libertad del individuo como el límite absoluto de la diversidad cultural y tomando decididamente partido por un orden social basado en esa libertad.

Con esta toma de posición se establecía un frente de batalla no sólo con los defensores del relativismo cultural sino también, y mucho más decisivo, con aquellos sectores, muchas veces de origen inmigrante, que de hecho coartaban la libertad de las personas en función de la defensa de las creencias, tradiciones y cultura de su grupo. Esto era más que patente en el caso de aquellas mujeres jóvenes que habían perdido su vida por tomarse libertades que su familia o su grupo consideraban inaceptables, como hablar con jóvenes que no fuesen parientes, salir a fiestas fuera del ámbito familiar o frecuentar ambientes

suecos, para no mencionar el tener relaciones sexuales fuera del matrimonio. Esta toma de posición implicaba también un creciente conflicto con aquellas escuelas y asociaciones étnicas que de hecho existen con el propósito de mantener valores y tradiciones profundamente reñidos con la idea moderna de la libertad individual, muchas veces bajo la forma de un integrista religioso apenas disimulado.

Por último, se planteó una política de refugiados más generosa y la reapertura del país para la inmigración laboral de fuera de la Unión Europea, cosa que escandalizó a los sindicatos, en particular a la central de trabajadores más importante del país²⁵, que de inmediato le declaró la guerra al Partido Liberal. Se trataba verdaderamente de David contra Goliat, y no cupo duda de que, a pesar de una campaña sindical sin escrúpulos, las simpatías estuvieron con David. Las encuestas de opinión mostraron que la gran mayoría de los suecos era favorable a una apertura hacia quienes quisiesen venir al país a trabajar.

Con esta toma de posición claramente favorable a la inmigración, se hizo bastante poco creíble cualquier acusación de xenofobia y se completaba el horizonte de la política liberal, que para lograr un país más abierto planteaba la necesidad de una política de integración que realmente funcionara, basada en el trabajo y la responsabilidad personal, en una relación equilibrada entre derechos y obligaciones, y en una afirmación clara tanto de la herencia histórica sueca representada por su idioma como de los valores esenciales de la sociedad abierta y moderna.

PALABRAS FINALES ACERCA DE LOS DESAFÍOS DEL FUTURO

A partir de las elecciones de 2002 se inició un profundo debate nacional sobre la integración, que hoy, más que nunca, sigue provocando las polémicas más acaloradas que conozca la política sueca. Es un debate de la mayor importancia no sólo por lo serio de la situación actual sino también porque la inmigración, según todos los pronósticos, va a continuar durante mucho tiempo más con al menos la mis-

²⁵ *Landsorganisationen*, LO, que agrupa unos dos millones de afiliados y está completamente controlada por la socialdemocracia. Su poder es temido, conformando de hecho la columna vertebral del Partido Socialdemócrata y de su enorme maquinaria electoral.

ma intensidad que hasta hoy. La Oficina Central de Estadística de Suecia pronostica un aumento neto del número total de inmigrantes para 2050 en unos 700.000 individuos²⁶. Se llegaría así a 1,8 millones de inmigrantes, lo que entonces vendría a corresponder a casi el 18 por ciento de la población del país. Considerando a los hijos de los inmigrantes nacidos en Suecia nos estaríamos aproximando al 40 por ciento de la población.

Lo interesante de estas cifras es que ni siquiera con ellas se llega a paliar el creciente desequilibrio entre población activa y pasiva que el desarrollo demográfico hace prever. Por ello es más realista asumir una inmigración incluso mayor ya que el bienestar futuro, particularmente las crecientes necesidades de servicios interpersonales de una población de edad avanzada en constante aumento, será totalmente dependiente de la existencia relativamente abundante de personas en edad de trabajar. Esta es una encrucijada esencial, ya que una inmigración donde una parte importante de los recién llegados pasan a la pasividad y la dependencia del asistencialismo sería una carga que claramente empeoraría las cosas. Por el contrario, una inmigración incorporada al trabajo sería un fantástico recurso para asegurar el bienestar futuro del pueblo sueco. De ahí la importancia decisiva de la política de integración.

El rol futuro de la inmigración dependerá de nuestra capacidad de enfrentar dos grandes desafíos. El primero se refiere a las tendencias excluyentes del mercado laboral que genera el actual modelo sueco de crecimiento. El segundo trata de cómo enfrentar las tendencias hacia la disgregación social, provenientes tanto de la exclusión laboral de importantes grupos nativos e inmigrantes, como de la creciente diversidad cultural propia de una inmigración muy heterogénea que además se da en el marco de una globalización acelerada.

El primero de esos desafíos es el más simple de resolver, ya que se trata de reformas políticas que no es difícil visualizar aunque no por ello sea fácil llevarlas a la práctica. La sociedad sueca y sus estructuras de poder están organizadas a partir de un fuerte elemento corporativo, que le da a diversos grupos de interés un enorme poder negocia-

²⁶ *Sveriges framtida befolkning 2005-2050* («La población futura de Suecia 2005-2050»), SCB, BE 18 SM 0501. Estos cálculos se basan en las cifras de inmigración de los últimos años, ubicándola en unas 70.000 personas por año.

dor y, en la práctica, el derecho a vetar medidas que atenten contra sus intereses inmediatos. Sin embargo, los problemas crecientes de la exclusión combinados con las presiones demográficas del futuro, deberían ser capaces de forzar esas barreras corporativas e imponer más sensatez a quienes hasta ahora han reaccionado de una manera que recuerda a un cierto rey francés que decía «después de mí, el diluvio».

Mucho más complejo es el tema de la cohesión social en una época de creciente diversidad. La globalización lleva consigo cambios fundamentales en las formas de organizar las sociedades y construir nuestras identidades. Como Manuel Castells lo ha descrito²⁷, crecientes flujos transnacionales de migración, intercambio y comunicación penetran los territorios –nacionales, regionales o locales– y los desarticulan. En ello está la riqueza de los encuentros entre lo diverso y una libertad individual sin precedentes, pero también el riesgo de perder todo aquello que hace posible una comunidad y nos permite compartir el mismo suelo.

Suecia ya no es ni nunca volverá a ser lo que un día fue, es decir, una comunidad étnica que en su homogeneidad conocía la fuente fundamental de su estructura social y su identidad nacional. Hace casi doscientos años, a propósito de la desgarradora pérdida de la mitad oriental del reino (Finlandia), uno de sus grandes intelectuales, Esaias Tegnér, dijo que el futuro de Suecia estaba en «reconquistar a Finlandia dentro de sus fronteras». Con ello asumía la irreversibilidad de la pérdida de Finlandia y rechazaba todo revanchismo nostálgico de un pasado que ya no volvería. Hoy en día Suecia está ante un desafío semejante, reconquistar esa diversidad que ya es su realidad irreversible. Para ello es necesario conquistar al inmigrante para una comunidad nacional que ni se repliega sobre sí misma ni reniega de su historia, que afirma su idioma y los valores de la sociedad moderna, que abre las puertas del trabajo para todos, que no da derechos sin reclamar obligaciones, que tiene los pies bien puestos sobre la tierra, esta tierra nórdica que nosotros, los que nacimos en otras latitudes, sólo podremos ganarnos con el reconocimiento de su historia y el sudor de nuestra frente.

²⁷ Manuel Castells, *La Era de la Información – Economía, sociedad y cultura*, Alianza Editorial, Madrid 1997.